

## REPORTAJE

*La violencia de las maras consume la vida de los barrios pobres en El Salvador, el miedo se pinta en los muros de cada esquina junto a las insignias MS o 18, y siembra una pertinaz desesperanza. Mario, un exmarero, vivió esta guerra urbana desde sus dos principales frentes y encontró su redención en una organización paradójicamente similar a la mara: los Scout.*

# De la “clica” al campamento

ERNESTO VILLALOBOS

**M**ario viste con orgullo su uniforme scout. A sus diecinueve años, recuerda perfectamente cuando cambió de una vez por todas su atuendo de marero por el azul oscuro y kaki de los exploradores: según cuenta, decidió repentinamente que ya no quería que lo vieran como pandillero, que lo señalaran. Sin embargo, no se fue sin antes despedirse violentamente de lo que había sido su forma de vida por más de tres años.

Ese último día, Mario se levantó por la mañana, se puso su redecilla en la cabeza, planchó a la perfección su camisa a cuadros y su “diqui” (pantalón holgado y de grandes paletones que visten las maras), ajustó su atuendo con un cinturón de reo con una gran hebilla de metal, se amarró sus zapatos Nike y salió de casa. “Fuimos con otro compañero de la mara a ver un partido de fútbol”, recuerda. Después del encuentro, junto a su cómplice de malandanzas se dirigió a las “maquinitas”.

Mientras gastaban su tiempo y dinero en juegos electrónicos, entraron a lugar cuatro mareros. Su instinto callejero les dijo a Mario y su amigo que no se trataba de amigos. “Les preguntamos su ‘clica’ y vimos que eran enemigos”, explica con normalidad. El paso lógico era la pelea, pero las matemáticas de la calle no cuadraban: eran dos contra cuatro. “Me fui corriendo a buscar refuerzos”, recuerda Mario, “pero no encontré a nadie”.



FOTOS EDH/MANUEL ORELLANA

Cuando regresó, su amigo peleaba solo con los cuatro. Se sumó a golpearlos, pero sus manos no bastaban contra la ventaja numérica. “Uno de mis tíos estaba oyendo música con unos Walkman cerca de nosotros, se los quité y los estrellé en la cara a uno de ellos”, relata Mario. “Después, agarré un ladrillo de saltex y lo usé para pegarle en la cabeza a otro. Mientras, mi tío gri-

taba ‘déjalo, déjalo, lo vas a matar’. En ese momento recapacité mi decisión de salirme de esa vida, dejé el ladrillo y me fui a casa. Así me despedí de las maras”, rememora con cierto alivio.

### JUEVENTUD SIN AMIGOS

Mario vive junto a sus abuelos y a su hermana en un barrio en la periferia de San Salvador. La pareja de ancia-

nos ha hecho el papel de sus padres casi desde que nació, ya que, según cuenta, su padre los abandonó cuando él todavía estaba en el vientre de su madre. Ella tampoco quiso velar por los dos hermanos. “No le guardo rencor a mi madre, pero sólo la veo como la persona que me trajo al mundo”, explica Mario. Así, huérfano, creció en uno de los barrios más antiguos de la capital.

## REPORTAJE

Pero cuando tenía trece años un cambio abrupto influyó en su destino: sus abuelos decidieron mudarse de casa. A su corta edad, no tuvo más remedio que dejar atrás a sus amigos de infancia y lanzarse a un lugar donde sólo conocía a Juan, un compañero de su escuela.

La mara "Virginia Locos Street", una clica de la Mara Salvatrucha, mandaba en el nuevo barrio. Juan, su amigo, formaba parte de ella. "Él siempre me invitaba a unirme a la mara, hasta que un día acepté", cuenta Mario. Sus abuelos le daban todo lo indispensable, él se preocupa de recalcar que no lo golpeaban, pero a Mario le faltaba algo que, según él, fue lo que lo llevó finalmente a aceptar la invitación: amigos.

Así, el día de iniciación llegó. Juan lo llevó al pleno de la pandilla y lo propuso como nuevo integrante. El jefe designó a siete de los más grandes, de entre 18 y 22 años, para que lo golpearan durante trece segundos. "Pero la 'brincada' (como lo llaman las maras) nunca dura trece segundos exactos", dice Mario. "Cuentan despacio o hacia atrás, hasta que se cansan de golpearte".

### FUERA DE LUGAR

Mario ya era miembro de la mara, y se empezó a vestir a su estilo, pero había algo de las pandillas que todavía no encajaba en él. A pesar de que ya era uno de ellos, no se reunía mucho con la pandilla... Hasta que su ausencia provocó sospechas de su lealtad. Su jefe dispuso ponerlo a prueba: debía matar a un marero de la pandilla rival, la 18.

En una reunión, se le entregó el arma y el nombre de su víctima. Un grupo de "carnales" lo acompañaría en un vehículo, para asegurarse que cumpliera la prueba.

La búsqueda de su víctima llevó varias horas, pero dio frutos al terminar la tarde. Mario se bajó del carro y se acercó a él, con la mirada en su enemigo y el dedo en el gatillo. Pero, según relata, algo en su interior no lo dejó cumplir con la misión. "En ese momento le dije: ¡corre que te voy a matar! Le disparé varias ve-



**"No me arrepiento ni me avergüenzo de lo que hice, porque he demostrado que sí se puede cambiar. Ahora, no menosprecio a un marero, porque alguna razón tendrá para estar en las pandillas. Yo, que he estado ahí, lo sé muy bien".**

ces, pero no a darle. Él, al oír los disparos, se tiró al suelo, y cuando regresé al carro mis compañeros, que lo habían visto caer, creyeron que en realidad lo había matado", recuerda.

Por ese día, las dudas sobre Mario se disiparon en la mara, pero la complacencia de los jefes no duró mucho. Dos semanas después del supuesto ajusticiamiento, se enteraron de que su enemigo no había muerto y de que

un integrante de su mara les había mentado. En su estricto sistema de principios, debía ser castigado.

Su mejor amigo, Juan, el mismo que un día lo llevó a la pandilla, fue designado para tenderle una trampa. Invitó a Mario a "manchar" (pintar sus iniciales en las paredes) un tanque de agua que representaba la base de la mara; en el lugar lo esperaban el resto, reunidos. Lo recibieron

a golpes. Entre más de veinte pandilleros lo dejaron inconsciente. Así lo expulsaron de la Mara Salvatrucha.

Mario terminó con el brazo derecho fracturado y varias costillas rotas. Estuvo más de quince días convaleciente. El desafortunado marero no tuvo más remedio que contar a su familia lo que había pasado.

Pero lo que todos creían que sería el fin de su vida en la calle se transformó en realidad en el verdadero comienzo. Crecieron en él unas ansias de revancha que sólo podían saciarse desde el seno de sus antiguos rivales; el ex salvatrucha regresó a sus orígenes: "en la colonia donde viví mis primeros años dominaba la mara 18, y muchos amigos de infancia estaban metidos", recuerda. Se presentó a los jefes y les contó su historia; no hizo falta otra "brincada" para que se convirtiera en un 18. La ruta de su venganza estaba trazada.

### La alternativa

## Tatuajes y pañoletas

Para algunos líderes del movimiento Scout no es nada descabellado que Mario, un exmarero, haya encajado perfectamente en la organización. César Cabrera, director de Proyectos de la Asociación Scout de El Salvador, afirma que existen en realidad muchas similitudes entre ambas organizaciones juveniles, aunque sus fines sean radicalmente distintos.

Según Cabrera, él y sus compañeros han detectado que en la mayoría de barrios donde persisten las maras no hay ningún movimiento de educación no formal, ya sea en

forma de clubes o de asociaciones. Estos grupos ayudan a la formación integral de los jóvenes, y además responden a ciertas necesidades de socialización, comprensión, amistad y reconocimiento inherentes a su edad, y en la mayoría de casos el déficit de este tipo de organizaciones es cubierto por las maras, a las que muchos jóvenes se abocan sin alternativa.

"En nuestra organización le damos ejercicio físico, sociabilidad, afectividad, formación de carácter, espiritualidad y creatividad", explica Cabrera, "y muchas otras or-

ganizaciones cubren sólo una parte de ellas. Por eso pensamos que la nuestra sería una buena alternativa para las maras".

Según él, hay muchas similitudes en las dos organizaciones: "ambas tienen una estructura definida de mando, en la cual cada miembro tiene que hacer méritos para ascender; tienen un reglamento definido que todos obedecen (de lo contrario hay sanciones para las faltas), y cada aspirante debe pasar pruebas para pertenecer al grupo".

Pero aún y con todas las similitudes, para Cabrera el movimien-

to Scout no se puede entender como una medida correctiva para las pandillas: "Es muy difícil hacer que un marero deje una pandilla, en cambio sí es factible dar la alternativa de los Scouts a aquellos niños que viven en zonas de alta incidencia de maras", acota.

Además, el personal educador del movimiento no está entrenado para trabajar con un tipo de población potencialmente violenta como las maras. Hasta ahora, las estadísticas dan la razón a Cabrera: sólo existen en el grupo dos casos como el de Mario.

## REPORTAJE

A partir de ese momento, Mario se juntó con los "grandes", con aquellos mareros deportados de Estados Unidos, que según él traían una "escuela" mejor de la que él había tenido en el país. De ellos copió su forma de vestir, de hablar y hasta de pelear.

"Me vengué de cualquier miembro de la MS 13 que se me puso delante, aunque no me hubiera hecho nada. Mi lema era 'si a mí me lo hicieron tengo que hacerlo'", recuerda. Con la 18, Mario se convirtió en una persona más violenta de lo que nunca había sido; consumía drogas y hasta se atrevía a robar, todo lo que nunca hizo en su pandilla anterior.

Así recuerda cuando, envalentado por la marihuana, disparó contra un grupo de la MS. La "clecha" (problema) más grande que según él tenía la Mara 18 en San Salvador era el parque Zurita, bajo el dominio de la Salvatrucha y a unos pocos metros de la base de la 18. Mario se dispuso un mal día conquistarlo, armado con una pistola y con el apoyo de un compañero de mara. "Pensaba: 'si los problemas no vienen a mí, yo voy a ellos'", explica.

Los dos mareros se encaminaron hacia su objetivo. A la llegada, una prostituta del lugar los recibió con un botellazo. El golpe era dirigido a Mario, pero los reflejos de su compañero impidieron que el envase lo hiriera. "Él me jaló de la camisa y sólo vi pasar la botella", relata, "de repente teníamos enfrente a un montón de la MS".

Esta vez el pulso no le tembló y nada en su mente lo detuvo: disparó a todo el grupo de la Salvatrucha en el parque; hirió a varios, pero el apuro del momento no le permitió confirmar muertos. Después del incidente, y cuando la droga perdió su efecto, afirma que se arrepintió de lo que acababa de hacer. "Me hinqué y le pedí perdón a Dios. No me explicaba cómo salí vivo de allí", recuerda.

### LA SALIDA DEFINITIVA

El odio, la droga y los deseos de venganza habían cegado a Mario. Según cuenta, mucha gente le había ofrecido para aquel entonces una ayuda que nunca quiso aceptar. En la colonia donde vivía, solía observar a los vecinos de su misma edad cuando se dirigían al colegio, y se burlaba.

Pero entre ellos había uno, Óscar, un amigo de infancia, que al terminar la escuela regresaba a su casa a cambiarse de uniforme. Cuando salía, vestía pantalón azul, camisa kaki y una pañoleta amarrada al cuello, el uniforme de Scout. En respuesta a sus risas, Óscar insistía en invitar a Mario al movimiento, pero él nunca aceptaba. "En el fondo yo quería ir, pero sentía que me podían ver de menos...", cuenta, "Hasta que un día acepté".

Aunque con miedo al rechazo, Mario asistió a su primer campamento. Recuerda que muchos líderes del movimiento le dieron su apoyo, lo que le ayudó a progresar dentro de lo que ahora llama las "maras buenas". Las similitudes entre la mara y los exploradores eran muchas (leer recuadro): ya en sus primeras reuniones, Mario se dio cuenta de que la



**"El odio de las maras me había cegado, porque se acercaba mucha gente que me ofrecía su amistad pero yo no lo quería aceptar".**

mayoría usaban una pañoleta en el cuello que los distinguía de los demás, y que todo aquel que quisiera obtenerla debía pasar unas pruebas.

La prenda se convirtió en una obsesión para Mario, pero en el grupo le impusieron una dura prueba para obtenerla: dejar las maras. "Las maras no son sólo para hacer el mal, ahí uno encuentra amigos", recuerda Mario, "si uno tiene problemas lo escuchan; si uno tiene hambre comparten la comida. Es muy duro dejar un estilo de vida como ese".

Pero pudo más el sueño de la pañoleta. Cada aspirante debía demostrar un excelente comportamiento dentro y fuera de la organización, y para eso les asignan un padrino que les dé seguimiento con la familia, la escuela y el hogar, y Mario se retiró de la mara. "Cuando dejé la clica, el jefe me dio un abrazo y dijo que se alegraba por mí. Creo que, en el fondo, todos ellos quisieran dejar la violencia", afirma.

Ahora, en los Scout, tiene la oportunidad de verse reflejado en los "niños rebeldes", como él los llama, que llegan a los campamentos. "Recuerdo que un día llegó un pequeño del Hogar del Niño. Llegó a decirme que esperaba a que me durmiera para

matarme, pero al final del campamento él fue el que más lloró, y nos prometió que se portaría bien para poder regresar al próximo".

Fuera de las maras, Mario empezó a descubrir sus talentos escondidos, y su interés por el arte lo llevó a aprender a tocar diferentes instrumentos musicales, a terminar sus estudios y a trabajar. Actualmente, trabaja como mesero en un populoso bar de San Salvador y emplea sus ratos libres en estudiar y practicar su pasión: la música. Con una madurez inusual a sus diecinueve años, mira hacia atrás, recapitula y argumenta que no se arrepiente de lo que ha vivido y que le gustaría que todos sus ex compañeros dejaran las maras.

Comparte sueños de futuro con su novia, con quien dice se casará dentro de un año. En la joven, según dice, ha encontrado la fortaleza para sobreponerse a su pasado. "Yo soy la prueba de que se puede cambiar", concluye. "Sé que hay algo más en la vida que correr para que no te alcancen las balas, correr para que no te atrape la policía o correr para que una granada no te explote en los pies. Yo lo sé, porque lo he vivido".

### Fue en busca de lana y salió trasquilado

El robo se encuentra entre las actividades más frecuentes de las maras. Según cuenta Mario, cuando estaba en la 18 periódicamente tenían una reunión general en el municipio de San Martín, al oriente de la capital. En asamblea, el líder de la mara les decía cuánto dinero tenían que conseguir para comprar armas. La defensa del barrio contra la MS demandaba, según sus líderes, estar preparados para defender sus respectivos territorios.

Los fondos, lógicamente, se recolectaban "peseando" (pidiendo dinero en las calles), o de los robos que muchos de ellos hacían. Pero Mario no tenía mucha suerte en esa práctica y recuerda cómo el día que se decidió a robar le salió el tiro por la culata. En un parque de San Salvador, una pareja sentada en el suelo disfrutaba de la privacidad que la vegetación les daba. Mario vio, en la soledad del lugar, la oportunidad perfecta para "ganarse alguna prenda", dice.

Al verlos, un resplandor en la mano izquierda de su víctima llamó la atención de Mario: el hombre de la desafortunada pareja usaba un fino reloj. Inmediatamente, puso una navaja en su cuello y le dijo: "dame el reloj o te puyo". En respuesta, su víctima se puso de pie, lo que hizo que Mario se diera cuenta de que había cometido un error: "él volteó y se levantó. Cuando se puso de pie vi que era tremendo. Me agarró el brazo, me lo dobló, me golpeó y me quitó la navaja", recuerda entre risas. "Nunca tuve suerte con los robos".

Así, Mario siempre dependía de la solidaridad de sus compañeros, que asumían los gastos de la clica. El dinero lo utilizaban para comprar las armas que su líder les exigía, para comer y para comprar drogas o licor, lo que, según él, les servía para "aliviar penas, divertirse o alimentar el valor de los menos arrojados".

